

Acte d'inauguració del curs 2019-2020 de la Universitat de Girona

Nosotras contamos
Cristina Fallarás

Conselleras, rector, comunidad académica, amigas y amigos...: Es un enorme honor para mí estar hoy aquí. Y esto no es un formalismo.

He venido para hablarles de una de las transformaciones más radicales que ha vivido nuestra sociedad últimamente. Y lo haré ligándolo a la violencia contra las mujeres. Porque supone uno de los ejemplos que refleja dicho cambio, permítanme llamarlo revolución. No me voy a basar en las cifras, las tienen todas en Internet. No me voy a basar en las cifras porque no son cifras lo que nos falta sino relato.

Sí voy a dar un dato: A día de hoy, este año, no llevamos 46 asesinadas por razones «de género», o sea, machistas. Llevamos 82. Desde que se empezó a llevar la cuenta, en 2003, no llevamos 1.021, sino un número indeterminado superior a 2.000. Esto es porque las cifras oficiales solo cuentan aquellas mujeres adultas asesinadas por parejas o ex parejas, es decir, por «razones sentimentales». Ni menores, ni familiares, ni desconocidas, ni prostitutas. Esto es muy relevante en el marco de lo que hoy contaré aquí.

Corría el año 2002 y yo trabajaba en *El Mundo* de Catalunya, en la sección de política. En Política, como en cualquier otra sección pero quizás más, la agenda de una es muy importante, las conselleras lo sabrán. Hay que tener teléfonos a los que acudir. Eran las 2 de la mañana de un día laborable cualquiera y sonó el teléfono. En la pantalla apareció el nombre de un diputado del Parlament de Catalunya, que además era un alto cargo en el partido. Pensé, obviamente, que había sucedido una desgracia tremebunda, un hundimiento, un atentado... Pero cuando abrí, allí estaba la foto de su pene. Supuso un cambio en la forma de plantearme la profesión, mermó la relación con mi director y me creó miedos inconfesables. Fui incapaz de decirle que ya no podía entrevistar a ese político ni prácticamente a ningún otro. Sabía que o no me iba a creer, o me iba a culpar: «¿Qué haces flirteando con un político?»

El 5 de mayo de 2015. *Libération* abría con «Bas les pattes». 40 periodistas de todos los medios: «Nosotras, periodistas políticas y víctimas del sexismo...» Denunciaban el acoso por parte de políticos constante, humillante e impune. Si yo hubiera leído esto en 2002 habría sabido cómo comportarme. Y que no era única.

Habría sabido contárselo a mi jefe y él no habría podido mirar para otro lado o culparme a mí. Mecanismos de identificación. Son la base. La primera vez que vi en *La Vanguardia* un titular que incluía el término *prima de riesgo* pensé que era broma. Eso no puede suceder en periodismo, incluir en un titular una palabra que no sea común. Pensé que nos habían desaparecido los pobres. ¿Y qué pasa cuando no cuentas las historias de los pobres, de la pobreza? Que cada pobre cree que es el único. Y por lo tanto no se unen. Se trata de manejar la abstracción frente a lo testimonial. La memoria colectiva se construye a base de testimonios y crea grupos humanos semejantes, capaces de reconocerse. O sea, de intervenir políticamente.

Abstracciones españolas: *prima de riesgo* en *La Vanguardia*. Y *transición*, por la que una ministra puede decir que no hubo violencia. Y *memoria histórica*, por la que 150.000 en fosas. Y *violencia machista*: «Hola, me llamo...»

No es lo mismo decir: «Hola, me llamo Cristina Fallarás, estoy en contra de la violencia machista» (cualquiera puede), que: «Hola, me llamo... pene.» El caso de Bel Olid en #Cuéntalo: «Jo tenia 6 anys i ell era el *tito* Emilio (Gutiérrez Sánchez per més senyes). La seva mare observava des de la cuina com em treia la roba, com em violava. Ningú va fer res per evitar-ho.» Y más adelante: «Anys més tard, als 14, el seu germà Agustín, marit de la meva mare, em va tocar els pits i em va acorralar a la cuina. Me'n vaig escapar però em va fotre l'adolescència enlaire viure amb aquella por. La meva mare encara viu amb ell.» Con esto se identifican: 6 años, padre, alguien que mira, madre, en la cocina... Mecanismos de identificación y narración.

Jueves, 26 de abril de 2018. Primera sentencia de la manada. Hechos objetivos: Las relaciones tuvieron lugar en un contexto subjetivo y objetivo de superioridad. Es inocultable que la denunciante se encontró de pronto en un lugar angosto y recóndito, rodeada por cinco varones de edades muy superiores y fuerte complexión que la dejaron impresionada y sin capacidad de reacción. El vídeo muestra de modo palmario que la denunciante está sometida a la voluntad de los procesados, quienes la utilizan como mero objeto para satisfacer sus instintos sexuales. Se dirigían en algunas ocasiones a la cámara de grabación, jactándose de sus acciones sobre la denunciante, a quien en ningún momento se le aprecia expresión de disfrute alguno, sino de hastío e incluso dolor. Alfonso Jesús Cabezuelo, después de haberla atraído agarrándola del pelo, introduce su pene en la boca de ella, sin que ella exteriorice ningún signo que nos permita apreciar bienestar, sosiego, comodidad, goce o disfrute. En los dos últimos vídeos la víctima está agazapada, acorralada contra la pared por dos de los procesados. Expresó gritos que reflejan dolor...

Deciden que no ha mediado violencia ni intimidación. No la creen. ¿Por qué? Porque pueden. Yo no le conté a mi jefe, pero él sabía. Sabía lo de las becarias y el jefe de deportes, los acosos por parte de políticos y otros personajes de las instituciones, que los sueldos eran distintos... Deciden no creernos porque pueden. («Venga, ya sabes cómo es...») ¿Por qué pueden? Porque no lo hemos contado.

El mismo día de la sentencia, por la tarde, entré en Twitter y decidí que teníamos que poner remedio a eso, a la falta de narración. Aproveché un artículo de Virginia Alonso (*Público*) y escribí: «Tenemos que contar las agresiones y violaciones, compañeras. Este relato nos lo han hurtado. Debemos construirlo para que otras reconozcan... #Cuéntalo.» Por la noche volví y había 100 mujeres contándolo. La siguiente vez que miré eran 10.000. A los 10 días 3 millones de mujeres habían participado en #Cuéntalo. Tres millones procedentes de 16 países. Y del movimiento hablaban desde el *New York Times* hasta los diarios filipinos.

¿Qué significa lo anterior? 1. Que las mujeres no callan porque quieren, no desean ocultar. 2. O sea, que alguien interviene para que callen y cierra los canales. 3. Que lo que cuentan resulta innegable (denuncias falsas fuera). 4. Que todas esas mujeres que denuncian públicamente y sin pudor no lo han hecho ni en juzgados ni en comisarías. 5. Que resulta imprescindible encontrar a los responsables y modificar. ¿Quiénes, a bote pronto, tienen alguna responsabilidad? Las instituciones públicas, los partidos políticos, la Academia y, sobre todo, los medios de comunicación y sus abstracciones, que proceden de las instituciones y los partidos, etc.

En resumen: De repente, sin esperarlo, la sociedad recibe tal puñetazo de horror en las narices que apenas acierta a preguntarse pasmada «¿Cómo no nos habíamos enterado de tanta y tan atroz violencia?» La respuesta evidente es: porque nadie te la había contado. La acción de los cientos de miles de mujeres en #Cuéntalo deja claro que el problema no era de ellas. Que el silencio no era su opción. Que ese silencio, ese no contarle, no puede proceder más que de una imposición. La imposición de quien, para poder negarlo, necesita que no se cuente. Es un ejercicio constante y brutal para impedir la comunicación.

A esto me refiero: En 2018 el CGPJ recibió 166.961 denuncias por violencia machista: 3.200 a la semana, ¡457 cada día! Y admite que solo se denuncia el 30 % de los casos. Ahora cojan de nuevo el relato de Bel Olid. Conocíamos los datos, cada año se publican. Sin embargo, cojan esos datos y plántelos frente al relato de Bel Olid. De eso se trata: los datos (instituciones, abstractos) frente al relato de una sola mujer. Imagínense a cientos de miles.

¿Por qué es posible? ¿Por qué ahora? ¿Qué ha cambiado? #Cuéntalo, como #MeToo, no es un fenómeno casual. Ninguna revolución comunicativa lo es. Y me atrevo a decir que en este momento estamos viviendo la mayor transformación en la comunicación después de la imprenta. ¿Qué cambió la imprenta? 1. Popularizó el conocimiento y lo sacó de monasterios y castillos. 2. Posibilitó y dio lugar a los libros y los medios de comunicación 3. Posibilitó por lo tanto la aparición de partidos políticos, o sea, la democracia. Sí, pero ¿Quiénes elaboraban lo que *todos* podíamos leer? (Y digo «podíamos» porque esto llega hasta hace una década) Quienes tenían la posibilidad de difusión, o sea, el capital. Y la base de esos medios de comunicación, cuyo papel es perpetuar el pensamiento hegemónico, es doble: 1. La abstracción. 2. La jerarquización. En ninguna de ellas, igual que en el capital, participan las mujeres.

Ah, pero aparecen las redes sociales: 1. Por primera vez en la historia existe un medio de comunicación de masas cuyo uso es gratuito. O sea, que no necesita inversión de capital para difundir un mensaje. 2. Por primera vez existen grupos humanos que pueden relatarse sin ser hegemónicos. 3. Por primera vez cabe la posibilidad de romper la abstracción de forma inmediata y crear memoria colectiva.

Y por ahí nos colamos las mujeres, millones de mujeres silenciadas no durante años, no durante siglos, sino durante toda la historia. Y voz a voz, testimonio a testimonio, creamos una nueva memoria colectiva de la violencia. O sea, algo que no existía en absoluto y que revoluciona no solo la conciencia de nosotras mismas, sino que cambia radicalmente la visión que la sociedad tiene de sí misma.

Señoras, señores, somos cuerpo. Y esa es nuestra única diferencia. Nuestro cuerpo es susceptible de ser golpeado, roto, abierto en canal, por la sencilla razón de ser. O sea, de no ser como el de un hombre. Tan simple y tan brutal. Pero déjenme decirles algo (y nombraré solo aquello que leí en #Cuéntalo): golpeadas, rotas, recompuestas, humilladas, violadas, rajadas, mordidas, arañadas, con la boca cosida, atadas, encerradas, coronadas de burla, acosadas, privadas de alimento, perseguidas, desangradas, obligadas a tragar y a mirar y a callar, con las uñas quemadas, sin pezones, sin piernas, bañadas en sangre y semen y heces, apedreadas, defenestradas, arrancados los dientes, sometidas, reducidas a carne tumefacta, mutiladas, con el vientre preñado molido a patadas, apartadas, con la vulva cosida, perseguidas, aterradas, con el ano desgarrado, insomnes, esclavizadas, objeto, penetradas con palos, machetes y trozos de botella, viendo cómo torturan a nuestras criaturas... nuestra arma es la palabra y con la palabra contamos y vencemos.

Girona, 3 de octubre de 2019